

Tengo un amor especial por San Tomás el Apóstol. Quizás es porque siempre he sido curioso. Cuando estaba creciendo siempre preguntaba, «¿Por qué?» y «¿Cómo sabe esto?». Algunas personas se sintieron ofendidas, pero yo seguí preguntando y todavía lo hago. Tal vez esa es la razón por la cual disfruto de las preguntas de otras personas. Si me preguntan una pregunta y no sé cómo responder, entonces es una pregunta que yo no había pensado y el interrogador me ha dado un regalo. Entonces la pregunta de esas personas es mía.

Aunque el apóstol Tomás no hace una pregunta, ciertamente él expresa una duda. No estoy seguro por qué Tomás llegó a ser conocido como el apóstol incrédulo porque él no es el único discípulo de Jesús quien dudaba o no creía en la resurrección. En el Evangelio según San Lucas hay una historia notablemente similar a la historia de Tomás en el Evangelio de hoy. Ninguno de los seguidores de Jesús creían en la resurrección en el primer momento, ni siquiera los otros diez apóstoles. Según el Evangelio según San Lucas, cuando las mujeres dijeron la historia acerca de Cristo resucitado, los apóstoles «no les creyeron, y esta novedad les pareció puros cuentos» (San Lucas 24:11). Y cuando Jesús se le apareció a los apóstoles mismos, «Quedaron atónitos y asustados, pensando que veían algún espíritu». Jesús les dijo a todos: ««Miren mis manos y mis pies: soy yo. Tóquenme y fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo». (Y dicho esto les mostró las manos y los pies)» (San Lucas 24:37, 39-40).

Necesitamos la historia de San Tomás hoy en día. Mucha gente parece sufrir una crisis de fe, especialmente muchos jóvenes. Cuando uno de mis ahijados comenzó el programa de la confirmación hace unos pocos años y me pidió ser su padrino de confirmación, me dijo, «No te prometo nada. Voy a ver lo que es esta fe. No sé si quiero ser Católico o no». Ese tipo de declaración puede ser espantosa para los padres o los padrinos.

Las preguntas, las dificultades, y las dudas son casi inevitables, especialmente para los jóvenes. Recuerdo bien un ex estudiante que vino a mi oficina para obtener ayuda con un ensayo que escribía. Ella tenía problemas clarificando sus pensamientos, y cuando traté de ayudarla, ella dijo, «Me siento tan confundida. Crecí en una comunidad donde todos asistían a la iglesia y todos creían lo que creo yo. Pero tengo dos compañeras de cuarto que no parecen creer en nada».

Le pregunté, «¿Qué haces cuando tienes una pregunta?» Su respuesta fue, «Trato de no tener preguntas». Entonces le dije, «¿No te das cuenta que si ignoras a tus preguntas

cuando las tengas, todas vendrá de nuevo al mismo tiempo?» Rompió a llorar y dijo, «Ya me está pasando».

Me alegro que, cuando yo experimentaba mi propia búsqueda de la Verdad y una fe más profunda, encontré las declaraciones del Cardenal, ahora Beato, John Henry Newman y de Tennyson, el poeta inglés de siglo diecinueve. Cardenal Newman dijo, «Diez mil dificultades no hacen una duda», y Tennyson dijo, «Vive más fe en duda honesta, /Créanme, que en la mitad de los credos».

En el Evangelio de hoy Jesús trata suavemente con la incredulidad de Tomás. Si hay una reprimenda en la respuesta de Jesús, es una suave: «Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree». Y Tomás evidentemente ya no necesita la prueba que pensaba necesitar. El Evangelio no menciona que Tomás tocó a Jesús sino que Tomás responde inmediatamente, «¡Señor mío y Dios mío!»

Aquellos que se opusieron a Jesús, quien recibieron su denuncia y condena, no eran aquellos que dudaron y honestamente lo interrogaron. Él se opuso a valores mal depositados y certezas. Él se opuso a aquellos que valoraran la ley más que ellos valoraran a la gente, que valoraran el poder más que valoraran el bienestar de los seres humanos.

Obviamente la historia de Tomás no es escrita para su propio bien. Después de decirle a Tomás, «Tu crees porque me has visto,» añade Jesús, «dichosos los que creen sin haber visto». Y el escritor del Evangelio sigue, «Otras muchas señales milagrosas hizo Jesús Se escribieron éstas para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre».

Estoy agradecido por la historia de Tomás. Me alegra saber que nuestro Dios no desapruueba dudas y preguntas. Él se siente, sin embargo, afligido cuando vivimos nuestras vidas como si no existiera. En uno de sus ensayos, Jacques Maritain, el teólogo y filósofo del siglo veinte que era un francés católico dijo, «Yo diría que hay ateos prácticos, que creen que creen en Dios, pero que en realidad niegan su existencia por cada uno de los hechos—adoran el mundo y el poder y el dinero». Es esto lo que aflige a nuestro Señor, no nuestras dudas y preguntas. Es sólo cuando luchamos para conocer a nuestro Dios que llegamos a conocerlo y amarlo. Durante este próximo año podemos subir con Cristo a una nueva vida de oración y estudio a fin de que podamos ser verdaderamente sus hijos y sus hijas.